

# Sombra blanca

♦  
ALBERTO DALLAL

*Lo invisible es materia pero una materia  
ligera que puede cruzar más fácilmente  
las barreras temporales y espaciales del cosmos.*

Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache*

El sitio en el que me hallo confinado es un pabellón completamente blanco, tan blanco que aun en la noche resulta luminoso. Los objetos, en ciertos momentos, son apariciones. La mesa es esa superficie elevada del suelo sobre la cual coloco las palmas de mis manos. Vive en sí misma, por sí misma; reverbera su existencia porque creo que fue colocada para mi servicio pero sé ahora que existe aunque yo no pose las manos, aunque jamás las hubiese posado sobre su superficie y su existencia y materialidad revelan la trascendencia de su suerte: es tan bella que por hallarse cerca de mí justifica la existencia de todas las mesas del mundo, de la historia, del universo. Su presencia es una expectativa. ¿De qué? Me quita el sueño por la noche porque quisiera descifrar la razón de existir de esa mesa, de su superficie, de su elevación sobre el nivel del suelo. ¿Qué de ella si jamás hubiese recibido las palmas de mis manos? ¿Cómo hubiera soportado su existencia si nadie, ni yo, hubiese posado jamás las palmas de sus manos? Su blancura se habría disipado, confundido con la nebulosa luz del pabellón. Sus funciones y los objetivos de su existencia se hubiesen disipado. Tal vez hubiese echado a volar, como vuelan tantos objetos inexistentes que han penetrado en este mundo vasto, en este universo invisible e indivisible, por la vía de la fantasía, de la incredulidad, del deseo puro. Permanezco despierto en medio de la oscuridad, percibiendo esa blancura que existe en el envés del espacio. Y siento la presencia de todos esos objetos que no existen pero que han sido el deseo de existir de mucha gente, de todos los pobladores de la Tierra. Es una blancura opuesta a la oscuridad. El signo contrario de la oscuridad. La no-oscuridad, igual de volátil que la oscuridad, inasible para las reducidas fuerzas que me quedan por la noche, cuando los etéreos sabores de la comida se han disipado dentro de mi boca. El tiempo no existe sino como el remedo del instante en que mis padres o mis opresores echaron a andar el mecanismo de mi estancia en el pabellón. El tiempo ha comenzado a transcurrir desde el momento en que me encerraron. Ese tiempo se llenó de objetos nonatos, de sencillas frases que jamás me dijeron, de mis pensamientos, de mis imágenes. Llevo tantas imágenes transcurridas, unidas a esas imágenes que la blancura y la oscuridad echaron a volar que he perdido la noción de existencia, de vida, de la misma manera que he perdido la sensación de ser. Sensaciones puras que me han penetrado por los poros. ¿Seré yo una imagen dentro del bloque blanco, hiriente del pabellón? Eso me gustaría ser: una imagen. Debe alguien pensarme dentro de este cuarto para que yo reconozca mi existencia. ¿Soy yo acaso quien me creo? Hay una intemperie interminable dentro de este universo que carece de denominación, de palabra-clave. Soy yo-imagen-yo. Soy el inicio del deslizamiento hacia la nada. Nada más yo. Nado en la blancura líquida y en la exacta combinación física de su contraparte oscuridad. Sobrevivo como contrasentido. Nado o vuelo: es lo mismo. Posición idéntica de mis miembros corporales y de mis pensamientos. El pabellón es la mente del gigante que me piensa y que, por tanto, me contiene. Huy, la sensación de ser. Me despierta por la noche para plantearme la gran incógnita: ¿qué ha sido de esta mesa surgida para detener las palmas de mis manos? ¿Qué era yo antes de no ser? ¿Qué será de la mesa si no ha sido ya esa otra cosa ambigua, abstracta, general que no llegó a ser puesto que yo le di la vida que merecía y he colocado las palmas de mis manos sobre ella? Ojalá pudiese percibir con la misma facilidad, con la misma felicidad todo lo que hubiese sido yo de no ser este ser sumergido en el líquido blanco e invisible que cubre el cuarto. Sólo quiero saber. Puedo hacerlo. Es lo único que hago sumergido en este cuarto lleno de blancura y oscuridad. Y debo dejarme llevar por esas sensaciones de ser yo y ser todos los yo posibles al mismo tiempo. Tal vez allí se inicie mi vida. El tiempo que me corresponde se echará a andar en el momento en que alguien cierre la puerta del pabellón y me imponga la tarea de ser yo y todo yo, yo y todos mis yo-imagen-yo, yo y todos esos yo que pululan por el espacio de este pabellón cuyos límites se alargan y se acortan, nacen y mueren, se hacen anchos y se bifurcan para que yo, a mis anchas, me percate de que vivo, vivo, vivo, vivo. ♦